

INAUGURACION DEL COLEGIO MAYOR DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

*Hacia una nueva vanguardia
intelectual, luchadora y creyente*

EN Madrid, al término de la Castellana, junto a los nuevos Ministerios, futuro eje de la gran ciudad, hay una colina graciosa, vestida de jardín las faldas y coronada por el Palacio de Bellas Artes, hoy nido de los Ingenieros Industriales y también—aunque temporalmente—de los tricornos de la Guardia Civil. Alguien llamó a esto «Colina de los Chopos». Los viejos le llaman el «Cerro del Aire», pues sopla allí un vientecillo constante, una como brisa de llanura.

Detrás del Palacio de Bellas Artes, traspuesto un puentecillo militar, aparecen—en risueña explanada que circuye el canalillo de Isabel II, rodeados de campos deportivos, entre sílabas de jardinillos ingleses y exclamaciones castellanas de chopos verticales— los pabellones de la residencia provisional del nuevo Colegio Mayor «Jiménez de Cisneros».

Morada de estudiantes en paz, aseada casa con comodidad de baños abundantes y soleadas celdas, lejos, alto, saneado de silencio y aire, abre el Colegio sus galerías alegres, capta todo el sol de Castilla—dulce invernadero de hombres—y da vistas a los hielos azules del Guadarrama, aérea Venecia de reflejos.

Hace pocos años—veinte o veinticinco—este cercado actual era un montón de dorada sílice por donde discurría la estrecha cinta del llamado «Canalillo». Unos chopos y unas acacias marcaban en el aire el trayecto de sus aguas.

Poco a poco fueron irguiéndose los pabellones, orientados unos al Mediodía y otros a Levante y Poniente. Desde ellos se divisa el Guadarrama, al Norte, muy en la lejanía, muy en azul, con sus grandes toques blancos en el lomo durante casi todo el año.

Los aposentos orientados al Mediodía dominan partes de la ciudad, las que sobresalen en esa marea fija del suelo de Madrid;

los que dan a Levante ven hoy un escenario muy madrileño: desmontes y casas a medio labrar, que surgen casi asfixiadas de aquel removido mar de arena: Conventos, cuarteles, hospicios, colegios, son los edificios que se destacan por su mole, aquí y allá, lejanos, en el panorama silíceo, roto a veces por la sorpresa, verde y azul, del riachuelo.

Las habitaciones del Poniente disfrutan de la vista más abstracta y más lírica, porque si en el primero y bajo término domina la geometría—una cúpula gigantesca, una gran chimenea y una porción de pirámides y cubos, pertenecientes a la parte nueva de la ciudad—sobre él discurren cada día los más esplendorosos y líricos atardeceres.

Forzando, pues, un tantico la realidad, cabría decir que allí se disfruta de un paisaje lírico y de un paisaje épico, más, un paisaje alpino—el de la sierra—y otro urbano.

Pero el visitante que contemple con gusto y cuidado, no sólo verá estos caracteres de gran bulto. Verá también que aquella primera soledad en que de antaño vivía el chopo, se ve quebrantada hoy por la presencia de otros árboles que, como los almendros, ciruelos y albaricoques, aclaran, vivifican los últimos días del invierno, o, como los tilos, acacias y plátanos, reconfortan en plena época estival... Verá también, entre el primero y segundo pabellón, un jardín, silencioso de color y de línea durante el invierno, que de súbito, enciende en verano su severidad con potentes y sencillas flores de adelfa escarlata—rojo de cadmio, mejor dicho—y de adelfa blanca. Este jardín de paso no puede ser más sencillo ni más fuerte: Cuatro grandes golpes de adelfa, encerrados en cuatro marcos de alto boj, serio y perfilado, como en el jardín escorialense llamado de Los Frailes.

Las paredes que dan a este jardín son de ladrillo, el material pobre de los bellos monumentos mudéjares. Lo sonrosado de su materia cocha se combina en ellos con el severo tono verde de la yedra y el brillante verde de las vidriadas tejas del alero. Las yedras revistiendo el muro evocan el Norte; las tejas brillantes, el Sur.

Ya adentrado en la casa, puede notarse que si el «Banco del

Duque de Alba» es de granito y de líneas herrerianas, con sus bolas de granito, el perfil del tercer pabellón es de un timbre morábarabe, por sus torres, sus aleros, su material y sus arquillos.

El segundo pabellón es el abanderado. En él se levanta la insignia española y la residencial, un gallardete azul, en el fondo del cual campea airosa la gracilidad de un blanco cisne, símbolo del gran español, bajo cuya advocación allí se mora. Un escudo de Madrid, muy *rococó*, queda a un extremo, casi cubierto por la tupida yedra.

El primer pabellón tiene ya bastante con ser primogénito. El *tercero* es la «casa», el organismo completo—dirección, oficinas, comedor, cocina, dormitorios, sala de conferencias, biblioteca y capilla, todo en vías de arreglo—. Junto a los edificios, campos de tennis, fútbol, hockey, frontón, piscina..., todos los elementos necesarios para la práctica deportiva y gimnástica más diversa, a que se quiere someter a todos los estudiantes.

En esta casa, gobernada por gente joven, universitaria y deportista, antiguo refugio de la Residencia de Estudiantes de la Junta para Ampliación de Estudios y posterior asiento de hospital y hasta cuartel de milicianos durante la guerra de Liberación, que dejó en ella señales indelebles, es donde funciona, con toda normalidad y eficacia, el primer Colegio Mayor de la Universidad de Madrid. Al mismo tiempo, se construye con la mayor celeridad su definitivo edificio, enclavado en los terrenos de la Ciudad Universitaria.

No ha podido, pues, cumplirse con mayor rapidez el Decreto, sabio, oportuno y prudente, promulgado no ha mucho—apenas dos meses—por nuestro Ministro de Educación Nacional.

Se quiere en él que la nueva Universidad no sólo *instruya*, sino que *eduque*, pues—según la expresión del Profesor Ibáñez Martín—«nulos y estériles pueden ser todos los esfuerzos de la docencia facultativa, de la capacitación profesional y aun de la preparación para la investigación científica, si la Universidad descuida la educación de los escolares, la formación completa del hombre y del ciudadano, el pulimento de los espíritus, el desarrollo de las facultades morales y físicas. Radica precisamente en esta función

que, de manera inexorable, asignaremos a la Universidad, al alcance más hondo de la reforma que planteamos». Y, ciertamente, es así.

La misión de estos nuevos (remozados, podríamos decir, pues nuestras antiguas y grandes Universidades ya los tuvieron) centros es, pues, delicada y difícil; se aspira, nada menos, a que en ellos los escolares reciban, a más del complemento cultural necesario a sus estudios, la imprescindible educación religiosa, política, social, estética, deportiva y la del trabajo, «a través de una temporal dedicación a los trabajos manuales». ¿Cómo cumple o trata de cumplir todas estas funciones la nueva institución, recién inaugurada? Veámoslo.

Como la totalidad de los escolares residentes han de cursar, necesariamente, sus estudios en un centro universitario, el horario es flexible, de modo que puedan acomodarse todos a él. Las obligaciones para con el Colegio son mínimas.

La *vida religiosa oficial* queda reducida a las obligaciones de todo fiel cristiano y está confiada a un Director espiritual, que vela por la moral y vida sobrenatural de los estudiantes entregados a su custodia, fomenta las frecuentes prácticas de piedad, y organiza, a más de la solemne misa dominical, dialogada por todos, conferencias semanales, dadas por las más prestigiosas figuras del clero y la órdenes religiosas de Madrid y Ejercicios Espirituales cerrados, que se pretenden dar, con carácter voluntario, en la Sierra, durante las vacaciones de Pascua. Para fomentar la vida religiosa y procurar quede asentada sobre sólidos principios, funciona, organizado por los mismos residentes, un *Centro de apostolado universitario*.

La *vida cultural* empieza ya a ser fecunda. Con la colaboración de los Institutos de Física y Química del Consejo de Investigaciones y de la Asociación Hispano-Germana que, por estar enclavados en las inmediaciones, tienen facilidad para ceder generosamente sus salones, y con la ayuda también de los Institutos de Cultura de los países amigos, van a desfilar por aquella tribuna las figuras más eminentes de la ciencia española y algunos sabios extranjeros, que ya han anunciado no pasarán por Madrid sin visitar esta casa. Es-

critores, poetas y artistas ofrecerán, en sesiones privadas o semi-privadas, las primicias de sus libros y sus estudios, cuya parte esencial se perpetuará luego en tomos sencillos y elegantes o en las páginas de una gran revista, «CISNEROS», próxima a aparecer, editada por los alumnos de esta morada de paz y de estudio. A más de esto, el Director del Colegio Mayor dará un cursillo a lo largo del año académico sobre un tema tan trascendental como «El problema de la cultura española», y la Delegación del S. E. U., en el Colegio, procurará también que las figuras de más relieve e importancia del Movimiento, puedan ofrecer en diversos cursillos visiones globales de la marcha progresiva del Estado o de las organizaciones del Partido. Conferencias privadas, dadas por los mismos residentes, y clases de idiomas, con carácter voluntario, completan la vasta labor educativa y formadora.

La *educación estética y social* va siendo también atendida. Periódicas sesiones de cine, asistencia a la «puesta en escena» de nuestras más celebradas obras clásicas y los conciertos que, dos veces por mes, están organizándose, dan a conocer valores propios y figuras ajenas. Para darles la debida prestancia, los actos se celebran en el Auditorium y en el Paraninfo de la Universidad que, de ese modo, tendrá ocasión de abrir sus puertas al mundo intelectual que late tras de su muros. Se procura que los conciertos vayan, en lo posible, acompañados de las oportunas ilustraciones y comentarios que introduzcan las piezas ejecutadas en el cuadro que corresponda, dentro de la Historia general de la música. Además de esto y en sesiones privadas, actúan ya grupos corales, una rondalla y algunos solistas de piano y violín, dos de ellos de primera calidad. Más tarde será ocasión también de organizar representaciones y fiestas: viejos pasos de Lope de Rueda, églogas de Encina, alguna que otra parodia, etc.

La vida deportiva es hoy quizás la más intensa y variada. Obligatoriamente todo residente está obligado a formar parte de un equipo que tiene luego por misión defender, ante los rivales, los colores del Colegio Mayor. Para estar en todo momento a punto y en plena posesión de las energías físicas se les somete a media hora diaria de ejercicios gimnásticos, bajo la dirección de

un profesor especializado. Por medio del deporte, más que por la gimnasia, se quiere, al par que realzar el valor del individuo, hasta del más humilde—en cuanto que de él puede depender en cada instante el éxito—, densificar la unidad social en su forma más noble.

Sociedades deportivas y culturales

La organización de tan múltiples tareas está encomendada a una compleja red de sociedades, formadas espontáneamente, que están regidas y administradas por los mismos escolares y que tienen por misión el fomentar y estimular iniciativas, en una constante labor, cuya importancia formativa nadie puede negar. Funcionan actualmente Sociedades de *deportes*, de *cursos y conferencias de música*, de *idioma*, de *apostolado* y de *formación política*, teniendo al frente residentes, que obedecen y eligen los mismos alumnos. Además, están en vías de organización otras más: de *excursiones*, de *fotografía y arte* y de *literatura*. De este modo se procura ir gradualmente al sistema de gobierno por medio de los compañeros, despertando su espíritu de iniciativa y de responsabilidad, acostumbrándoles a mandar y creando el espíritu de comunidad necesario para que la obra avance con dibujada personalidad y hondas raíces. Repartida así la responsabilidad, los mandos superiores se sienten aliviados y aun libres de esa odiosidad hija del desgaste de la autoridad, cuando el que manda interviene con demasiada frecuencia para dirigir la disciplina; así puede reservarse para los momentos críticos. Se aspira también con ello a lograr una formación eminentemente humana, procurando que todos los miembros que integran esta vanguardia intelectual, luchadora y creyente, tengan alguna participación en su gobierno. De este modo irán formándose hombres con hábito de mando, futuro estado mayor de la clase estudiantil, a la que irán imponiendo su ritmo, decoroso y grave. El que en el Colegio se ejercita en mandar y en salir responsable del gobierno de sus compañeros, sabrá mandar también cuando, ya enteramente formado, le encomiende el Estado cualquier tarea importante; y ese es también el gran valor educativo

que el nuevo sistema trae: dar vida a una espléndida *élite*, capaz luego de dirigir al país.

La autoridad de los superiores quiere ser una combinación de amistad y respeto; se procura cultivar el sentido del honor, de la propia estimación y la solidaridad de grupo, sin olvidar que una institución no es la suma de los individuos que la componen, sino un corazón, un alma, una persona viva. Para lograrla se combate el vicio llenando la vida de un contenido positivo y noble, educando al joven por los hábitos y el sentimiento más que por el puro conocimiento de la ciencia; más que vanos sistemas que seguir se proponen grandes ejemplos que imitar, dentro siempre de una libre—aunque controlada—expansión de la individualidad, que se trata de estimular por todos los medios.

Los estudiantes del Colegio Mayor, aparte de sus horas fijas de comidas y del cumplimiento de los deberes antedichos, que apenas si les llenan hora y media diarias, reparten el tiempo a voluntad, según sus obligaciones académicas. La Dirección procura educarles en la severa escuela del rigor y del deber, desterrando la idea de que el estudio sea diversión y entretenimiento, acentuando cada día más el valor del esfuerzo y hasta del dolor que cuesta adquirir el conocimiento, si se desea alcanzar la felicidad de las verdades adquiridas.

Y esto es, nada más y nada menos, esta pequeña comunidad de ciento cincuenta universitarios que integran el Colegio Mayor «Jiménez de Cisneros», recién creado. Alzando sus sencillos pabellones de ladrillo, entre el halago de árboles y flores, sobre una eminencia que sabe de silencios y aires puros, significa una lección de higiene, de orden, de amable convivencia, de salud física y moral, hogar de vida intelectual lo mismo que de goces, relaciones sociales, amistades y afectos, centro que amartilla perfectamente las otras lecciones estrictamente científicas que en las Cátedras de la Universidad o Escuelas Especiales puedan recibirse y que ensancha el círculo de la enseñanza para dar cabida a la educación del carácter...

No forma sólo científicos, quiere formar hombres «para la vida», para el servicio de la futura y alta misión espiritual de España.